

## Sexo infinito

El pasado viernes viví una noche eterna que empezó en un pase de modelos donde una hieródula me confesó que se le pudría el alma por falta de amor; y siguió en un bar de copas donde un playboy juraba estarse congelando de soledad dentro de su Porsche de veinte millones; y terminó en una discoteca donde una periodista, medio hippy, medio pija, medio poetisa, con un tatuaje muy sexi en sus riñones, se lamentaba de los incendios de pecho que sufría por esa mierda maravillosa del amor. “Necesito fusión total”, clamó.

Al llegar a mi casa abrí “El día que Nietzsche lloró” (EMECE), una novela de Irvin D. Yalom que se desarrolla en el invierno de 1.882, cuando el filósofo alemán pensó en suicidarse por amor hacia la bellísima Lou Salomé. En la ficción esta poderosa hembra convence a un eminente médico vienés -Josef Breuer- para que cure la desesperación del filósofo. Pero Nietzsche se niega a enseñar su alma y Breuer, para dar ejemplo, decide poner su propio corazón sobre la mesa, lo que permite al lector la visión de una víscera que chorrea dolor mientras es devorada por un parásito que se llama Bertha: una adolescente gravemente enferma. Ni el dinero, ni la fama, ni la belleza de su esposa, logran aplacar la ansiedad que sufre el médico por su deseo de fusión total con esa niña.

Angustiado, cerré el libro, y desde mi ateísmo imploré a Dios que pusiera fin a tanta tragedia de amor. “Sois unos pesados y unos quejicas”, dijo el Pantocrator, y dio la vuelta al Tiempo. Casi inmediatamente saltamos hacia atrás cientos de miles de años, y desaparecieron el racismo, el nacionalismo y demás idioteces, porque estábamos ya todos en Atapuerca. Y luego, muchos millones de años más atrás, desaparecieron los machos y las hembras, y su tediosa batalla, porque éramos organismos que se reproducían sin diferencia de sexos. Y, en unos cuantos miles de millones de años más, nos comprimimos, con todas las galaxias, en un punto anterior al gran estallido que dio origen al universo. Y ahí nos quedamos todos, muy apretujados, absolutamente fusionados. “¿Ya estáis a gusto?”, preguntó Dios. Lo que no sé es cómo he podido escribir mi columna desde este paraíso de sexo infinito.